

La industria del sexo y ‘las migrantes’

Laura M^a Agustín

- [Resumen](#)
- [Introducción](#)
- [Los trópicos: sitios de vacaciones y de salidas](#)
- [Migrantes transnacionales: migrantes múltiples veces](#)
- [El mundo de los proyectos](#)
- [El mercado del sexo](#)
- [Notas](#)
- [Bibliografía citada](#)

Resumen | Aunque las migraciones destinadas a trabajar en la industria sexual europea llevan teniendo lugar desde hace años, sólo ahora España empieza a prestarles atención. Pero el tratamiento, tanto por parte de la prensa como de muchos grupos solidarios y ONGs, es limitado y no reconoce el contexto de estas migraciones. Este trabajo aborda varios temas relacionados con ese contexto: la naturaleza transnacional de la industria sexual con sus importantes beneficios para Europa, las vacaciones de algunas personas del ‘primer mundo’, los deseos de viajar de otras del ‘tercer mundo’, los proyectos sociales que se proponen ‘ayudar’ a estos migrantes y los aspectos controladores y moralizantes de los discursos sobre el ‘tráfico’ de seres humanos. Se sugiere que los discursos clásicos sobre la ‘prostitución’ ya no sirven para describir la industria del sexo ni a los migrantes que trabajan en ella.

Abstract | Though migrations destined to work in the European sex industry have been going on for a number of years, Spain is only now paying attention to them. But the treatment seen, whether in the press or by solidarity groups and NGOs, is limited and does not recognise the context of these migrations. This paper highlights several themes related to this context: the transnational character of the sex industry with its large benefits to Europe, ‘first world’ people’s vacations, the desires to travel of ‘third world’ people, social projects that propose to ‘help’ these migrants and the controlling and moralistic nature of discourses on ‘trafficking’ in human beings. It is suggested that old ‘prostitution’ discourses are no longer useful in describing the sex industry and the migrants who work in it.

Introducción

Entre los temas relativos a la prostitución, usualmente se abordan los más melodramáticos: la pobreza del ‘tercer mundo’, el ‘tráfico’ de seres humanos, la violencia y la esclavitud, las enfermedades, la estigmatización, la marginación, la injusticia y el sufrimiento. No planteo ninguno de éstos en este ensayo. Tampoco intento explicar por qué existe la prostitución, ni definirla ni juzgarla; y sobre todo no pretendo entrar en la polémica de si algún ser humano puede ‘elegir’ el ejercer la prostitución. No pienso en la prostitución sólo en términos de los prostitutas/as (o los prostituidos/as); en cambio, ya que la mirada obsesiva siempre se ha dirigido hacia ellos, prefiero señalar otros asuntos, sobre todo la existencia y la naturaleza de un mercado sexual.

Mientras la mayoría de los trabajadores sexuales es femenina, cada vez hay más hombres, transexuales y transgenéricos. Sus servicios pueden tener un carácter homosexual, heterosexual o alguna posición intermedia. Los servicios sexuales son demandados también por las mujeres y las personas trans, y no sólo por hombres, del mismo modo que son demandados por los trabajadores sexuales. En una industria que se caracteriza por sus ambigüedades, es conveniente no perpetuar el supuesto clásico de mujer-prostituta/hombre-cliente.

Hoy día la cuestión de la prostitución de niños y niñas entra en cualquier problematización de la industria del sexo. Se sabe que la niñez es una construcción social que no tiene el mismo sentido en distintas culturas del mundo. Sin embargo, para poder discutir sobre el trabajo, la explotación infantil

y los derechos de los niños, la ONU y otros organismos internacionales han llegado a un acuerdo que define a un niño como una persona con menos de 18 años. Los migrantes en Europa vienen de culturas en las que es común que los niños trabajen, mientras en las sociedades receptoras el trabajo infantil está prohibido (con una leve variedad de edades definitorias). Un resultado es que hay migrantes en Europa que técnicamente hacen trabajo infantil y/o prostitución infantil (ONU 2000).

Los trópicos: sitios de vacaciones y de salidas

Empiezo pintando un poco del ambiente en el que me encontraba cuando decidí por primera vez estudiar estas migraciones y la industria sexual. Me sentaba en un café de un pueblo en la parte oriental de Dominicana. Es un lugar típico de los trópicos -es decir, el sitio más querido de medio mundo para sus vacaciones- y todos los dominicanos a mi alrededor parecían, por su parte, estar hablando de la forma de salir de allí. A unos pocos kilómetros, las playas estaban pobladas de alemanes, canadienses y españoles; en el café los dominicanos contaban lo que sabían acerca de las posibles maneras de llegar a Europa. En ese momento, mi trabajo era escucharles. Trabajaba en una organización no gubernamental dominicana con prostitutas y prostitutos, clientes y dueños de bares en programas que más o menos tenían que ver con la prevención del SIDA y de las ETS (enfermedades de transmisión sexual). La parte médica era la que recibía el grueso de los fondos, pero siempre queríamos hacer otras cosas en la línea de 'organizar' o educar a los trabajadores. La enorme discrepancia entre lo que decían los europeos que nos financiaban acerca de la gente 'pobre' y lo que la gente pobre proponía hacer por su cuenta me parecía demasiado importante para no investigar.

En ese café, un joven camarero empezó a charlar conmigo y pronto me preguntó si yo podía ayudarlo a llegar a Europa a cambio de cualquier tipo de servicios que quisiera. Muchos europeos que han viajado al 'tercer mundo' han tenido esta experiencia; algunos de por allá recordarán todavía su simpatía y su deseo de colaborar. Los hay que han ayudado con dinero, ideas o contactos; entre ellos algunos han aceptado experiencias sexuales a cambio. De este grupo, algunos habrán sentido cariño por la persona que se suponía (quizá después) que se llamaba 'gígolo' o 'prostituta'.

Muchos isleños así como otros habitantes de las lindas playas y los cascos históricos del 'tercer mundo' conocen a los turistas durante las estancias de estos últimos en sus países, cuando parecen sofisticados y abiertos a posibilidades afectivas y sexuales. Se enamoran, se relacionan y hacen planes para el futuro; muchos invitan a sus nuevas amistades a Europa (Seabrook 1996; Crick 1992; Walker y Ehrlich 1992). Se dan casos de turistas que se convierten en facilitadores de viajes y hacen buen negocio con ellos. También embajadas europeas otorgan diariamente miles de visados para personas que trabajarán como 'artistas'. Todo parece llevar a viajes al exterior.

Sin embargo, en Europa estos migrantes encuentran que, a pesar de las oportunidades abundantes para trabajar, ellos mismos son despreciados, lamentados, acosados y ninguneados, a veces más que en sus propios países. Se preguntan: ¿por qué los europeos les facilitan viajes para luego demonizarles, cazarles y deportarles? ¿Por qué los que quieren ayudarles ofrecen preservativos en vez de lo que realmente importa: consejos sobre cómo convertirse en 'legal'? ¿No es Europa más progresista que el 'tercer mundo'?

Yo vivía cerca de la zona colonial de Santo Domingo, con sus tiendas de artesanía y sus restaurantes para turistas. Siempre andaban muchas parejas compuestas de una persona blanca y una morena, y muchas veces pensé lo mismo: que los que ven en esta relación solamente la explotación por parte de un hombre rico a una mujer pobre no captan todo el cuadro. A menudo observaba a una mujer fuerte que guiaba y dirigía a un hombre, que le explicaba y le traducía su cultura, que le pedía su comida y aseguraba que no le robaran. Era normal ver a turistas con caras de angustia e inseguridad y a nativas cuyos rostros lucían confianza, placer o aburrimiento. No toda pareja se veía igual, pero muchas rompían el estereotipo común. También se veía cada vez más parejas en las que era la mujer la turista y el hombre el nativo así como parejas de dos hombres. El ambiente comenzaba a estar en todos lados a todas horas.¹

En varios puntos de Dominicana algunas personas se presentan como compradores de viajes. Quieren que ciertos vendedores se les acerquen para hacerles ofertas; sin embargo, esta situación se está denominando ‘tráfico de personas’ en la comunidad internacional que quiere acabar con la prostitución. Allí conocí a Lucía, que bailaba en un bar; me contó en detalle las propuestas que había recibido hasta la fecha. Había rechazado todas ellas, ya que exigían condiciones específicas. Por ejemplo, le habían ofrecido un ‘paquete’ completo² a buen precio pero a Suiza y no a Francia, que era su destino preferido; otro le habría llevado a París pero por un precio demasiado elevado. Desde el punto de vista de Lucía, nadie estaba traficando con ella; ella estaba utilizando a los agentes de viajes, sólo que no podía recurrir a las agencias ‘normales’. Se consideraba una consumidora inteligente, y hay muchas personas como ella.

Otra opción es viajar en etapas. Desde la costa oriental de la isla salen para Puerto Rico barcos llenos de gente que ha decidido arriesgarse a un viaje peligroso. El Canal de Mona se navega con dificultad y tiene muchos tiburones, mientras los barcos son livianos y viejos y van sobrecargados. A pesar de que todo el mundo conoce a alguien que se ha muerto en este viaje, los barcos salen a menudo. Si logran esquivar el control oficial en la costa occidental de Puerto Rico, algunos viajeros se quedan allá, mientras otros continúan a otras islas caribeñas, o a Miami, Nueva York o Europa.

En mi trabajo en una ONG de Santo Domingo escribía muchas propuestas, alguna de las cuales se dirigían a personas que querían viajar a Europa. La contradicción frustrante era que buscábamos dinero de los holandeses y a los holandeses les interesaban sólo proyectos que cabían en su política de entonces – la cual era, por una parte, la de animarnos a producir propuestas necesarias para la gente que conocíamos pero, por otra, la de desanimar los viajes a Holanda. Sabíamos que no íbamos a frenar ningún viaje al exterior dadas las condiciones reinantes, tanto económicas como culturales, pero teníamos la oportunidad de educar a los viajeros para que sus experiencias no resultaran desastrosas. Era un trabajo delicado, entonces, el de redactar una propuesta realista, por ejemplo, incluyendo la información de que la embajada holandesa (al igual que la suiza, la española y las demás) aprobaba todos los días solicitudes de visados como bailarines y artistas. Los agentes (buscones, coyotes, prestamistas) que habían vendido sus paquetes a viajeros potenciales a menudo entregaban el papeleo de varias personas a la vez a las embajadas, lo cual quiere decir que los funcionarios sabían perfectamente de qué se trataba. Lo que queríamos explicar a los viajeros potenciales era su responsabilidad de revisar bien los contenidos de los ‘paquetes’ y que no se confiaran por la simple presencia de un visado oficial. Pero se decidió que no podíamos meter en la propuesta una advertencia sobre la complicidad de la embajada holandesa. Al final la propuesta de educación para viajeros quedó medio vacía de las cosas en las que creíamos.

Otra agencia proporcionaba los fondos para hacer una película sobre la experiencia de trabajar como prostituta en Amsterdam, e insistía en hacerla tremendamente negativa, con redadas violentas, violaciones y miseria en todos lados, con la esperanza de que así se desanimarían los viajes. La mayoría concuerda en que la película [“Me duele el alma”, 1994] no desanima a casi nadie, primero porque los que la ven son lo suficientemente sofisticados como para captar que es muy exagerada, y segundo porque todos conocen a alguien que no ha tenido ese tipo de experiencia horrible. Y, claro, cada viajero cree que él se contará entre los más afortunados. Pero el guión más realista que se había propuesto no fue financiado.

Migrantes transnacionales: migrantes múltiples veces

Con películas educativas, o solamente con sueños, los migrantes vienen cada vez más a Europa. En el ‘tercer mundo’, los trabajos asequibles a las mujeres son a menudo domésticos y sexuales; ya que los mismos trabajos están disponibles también en Europa con pagos muy superiores, el proyecto de viajar tiene sentido. Para la mayoría de los hombres del ‘tercer mundo’ que viajan a Europa, los trabajos disponibles son a menudo la venta en el mercado negro o los de ‘peones’, por ejemplo, en la construcción. Los sueldos que se puede conseguir en la industria del sexo son más altos que en muchos otros trabajos: significan la posibilidad de ayudar a los parientes, meter a los hijos en las escuelas, construir casas o poner pequeños negocios. Pero además de los factores económicos que

pueden impulsar a estos migrantes, existe el deseo de conocer el mundo, ser artista, independizarse o casarse, vivir en buenas casas y comer bien – los sueños de personas pobres de todas partes del mundo, incluyendo Europa. Es también importante señalar que entre los que sufren la pobreza, malos matrimonios y todo el abanico posible de factores causales, no todos optan por migrar y, entre los que migran, no todos optan por el trabajo sexual. Ningún tipo de determinismo explica por completo el fenómeno humano de la elección. Toda opción se ve intervenida por cuestiones de clase, género, etnia, nivel económico y por las condiciones sociales del momento (guerra, dictadura, hambruna, violencia, paro, etc.).

El fenómeno de los migrantes que trabajan en la industria del sexo se debe entender en el marco de los procesos de globalización. Representan, por otra parte, un fenómeno especial: es normal que no se asienten en un lugar a vivir sino que sigan viajando. Al trabajador sexual que hoy encuentras en Madrid puedes encontrarle mañana en París, el próximo mes en Amsterdam y al año de vuelta en España. Y no es el resultado sólo de esfuerzos por esquivar los controles policiales o de ser ‘traficados’ o trasladados de sitio en sitio por agentes intermediarios. Abunda también una cultura entre los trabajadores por la que se quiere conocer Europa y por la que existen lugares preferidos. Aunque son a menudo pobres e ilegales, muchos viajan de manera cosmopolita (Morokvasic 1984; Pettman 2000). Y aunque los estudiosos de las diásporas y de la transnacionalidad, en su gran mayoría, no han incluido a este grupo de migrantes en sus trabajos, la omisión no tiene justificación.³

Hoy en día se acepta que no se puede saber mucho, numéricamente, sobre las migraciones de carácter irregular, es decir, en las que se utiliza mucha documentación falsa y muchas técnicas ‘informales’ para moverse. Cuando los migrantes se orientan a trabajos sexuales, es aún más difícil. Sus respuestas a la pregunta “¿de dónde procede?” pueden o no ser verdaderas, ya que a muchos de ellos les habrán cambiado la nacionalidad u otro aspecto de su ‘identidad’ oficial. No confían en ningún encuestador ni en muchos trabajadores sociales. El concepto europeo de ‘la solidaridad’ fácilmente se les escapa.

De hecho, la ‘solidaridad’ de los del ‘primer mundo’ también se tiene que problematizar ya que causa bastantes contradicciones. Un ejemplo: estaba yo un domingo en una iglesia de Amsterdam. Hay misas en castellano, y siempre acuden los miembros de la comunidad de trabajadores latinos, usualmente en la primera fila. (Otros componentes de la congregación son españoles exiliados durante la dictadura, comerciantes de Otavalo -Ecuador- y turistas.) Varias familias que trabajan en la zona roja estaban ese domingo. La ponente del día era una monja que acababa de volver de pasar unos meses en el Caribe, y después de contarnos las crueldades de la pobreza allí, sacó de su bolso materiales educativos dirigidos a las prostitutas. Hizo una llamada a favor de su derecho a autodenominarse ‘trabajadoras sexuales’ y a sentir ‘autoestima’ en el trabajo. La actuación de la monja no fue muy acertada ya que los domingos son los únicos días no laborables para muchos de los que trabajan en la industria del sexo de Ámsterdam, en los que pueden disfrutar de una de sus pocas oportunidades de ser ‘respetables’ en público. En esta ocasión, los latinos reaccionaron como si no tuvieran nada que ver con lo que pasaba. Las intenciones tan excelentes y la valentía personal de esa monja se encuentran a menudo entre ciudadanos europeos que sienten la injusticia de las políticas de sus gobiernos hacia los migrantes y el ‘tercer mundo’ en general. Se unen a grupos y proyectos de carácter solidario, pero cuando los migrantes trabajan en la industria del sexo resulta ser una problemática especial.

El mundo de los proyectos

Los programas de solidaridad y ayuda casi siempre dirigen sus esfuerzos hacia los trabajadores de la calle, planteando que son los más necesitados. Vale decir, sin embargo, que este grupo es el único al que les parece posible acercarse con cierta facilidad y seguridad. Es muy importante señalar que la metodología de hablar sólo con prostitutas/as de la calle omite a todos los demás que trabajan en burdeles o casas de citas, clubes de alterne, bares, cervecerías, discotecas, cabarets y salones de cóctel; en líneas telefónicas eróticas o en sexo virtual por Internet; en sex shops con cabinas privadas; en muchas casas de masaje, de relax, de desarrollo del ‘bienestar físico’ y de sauna; en

servicios de acompañante (call girls, chicos de alquiler) y en algunas agencias matrimoniales; en cine, vídeo y revistas pornográficos; en restaurantes eróticos, servicios de dominación o sumisión, en complejos turísticos y en pisos particulares (Agustín 2000).

En el mundo de los migrantes ‘irregulares’, los que trabajan en todas las demás formas son mucho más numerosos que los callejeros, y corren a menudo más peligro que los de la calle justamente porque no están expuestos a la vista pública. Aunque no cuentan con información comparativa sobre los no callejeros, los proyectos solidarios a menudo extrapolan lo que aprenden en la calle a todos los demás trabajadores sexuales. Hablan de ‘la prostitución’ sin distinguir entre las personas que trabajan a tiempo parcial, a tiempo completo u ocasionalmente, entre las que usan drogas y las que no lo hacen, entre personas que comparten o dan dinero a sus novios, novias y/o ‘chulos’ y las que no lo comparten con nadie, entre personas más jóvenes y más viejas, y entre personas de distintas sexualidades o gustos sexuales. En términos internacionales, esta tendencia a confundir todas las variedades significa fusionar las experiencias de personas tan distintas como chicos playeros de Sri Lanka, prostitutas de burdeles de Sudáfrica, gíbolos caribeños, mujeres de los escaparates de Amsterdam, rent-boys de Londres, chicas de los bares de Bangkok, callejeras transexuales de Brasil, mujeres de Kenia en matrimonios temporales, ‘concubinas’ chinas de hombres de negocios japoneses y gente de los puertos de Nueva Zelanda que vive una serie de relaciones fijas con marineros – por mencionar sólo una parte de la enorme variedad que se da en el mundo.

La confusión se nota en la Casa de Campo de Madrid, un parque muy grande donde muchos migrantes hacen sus ofertas a los clientes que pasan en sus coches. Cuando un investigador habla tanto con trabajadores de los grupos solidarios y las ONGs como con los trabajadores sexuales se puede dar cuenta de que, a pesar de que no existe ningún ‘problema’ entre los dos grupos, sí existen contradicciones entre sus versiones de lo que está sucediendo en este lugar que pueden influir en la eficacia de los proyectos. Según los acontecimientos nacionales del momento, se puede encontrar a personas de América Latina, del Oeste de África y del Este de Europa. Para muchos de los trabajadores sexuales, las identidades regionales o étnicas son más importantes que los nombres de sus países. A veces muchas de las transexuales parecen venir incluso del mismo pueblo (por ejemplo, de Guayaquil, Ecuador). Quienes hacen trabajo solidario y médico son españoles. Varios proyectos tienen ‘unidades móviles’ que van a la Casa de Campo a ofrecer preservativos, servicios e informaciones para los trabajadores sexuales. Los que saben que los vehículos se encuentran allí y quieren acercarse son todos bienvenidos, pudiendo recibir unos cuantos condones la primera vez sin enseñar ningún documento. El resultado que hay que tener en cuenta cuando se conocen los informes de esos proyectos es que tienen contacto con un grupo bastante específico, del cual no solamente la mayoría son personas de la calle sino que también son aquéllos que buscan algún tipo de servicio y además no tienen miedo a acercarse.

Los proyectos son conocidos por repartir condones gratuitos. A pesar de que los trabajadores sexuales ya los tienen, no se niegan a aceptarlos (aunque también he visto eso). Pero no entienden por qué, si los solidarios realmente quieren ayudar a los migrantes, no hacen algo más ‘útil’ sobre el único problema decisivo que todos comparten, la necesidad de regularizar su situación. En la película “Cosas que dejé en La Habana” (Manuel Gutiérrez Aragón 1998), la industria que fabrica documentos falsos juega un rol importante. Hacia el final una actriz cubana, que no sale en la lista de créditos de una obra de teatro en la que ha actuado en Madrid porque ha trabajado ilegalmente, habla con su novio. Dice: “Quiero papeles. Papeles auténticos, ¿entiendes?” Le contesta el novio: “Todos los papeles son auténticos, son todos de papel”.

Hubo aplauso rotundo por parte de unos segmentos del público cuando vi la película en un cine normal de Madrid; cuando la vi una segunda vez en un ciclo de películas ‘solidarias’, la reacción fue negativa. Este último punto de vista sostiene que la industria de los papeles falsos explota a los migrantes, pero el punto de vista de muchos migrantes es que les facilita y hasta les salva la vida, aun si a la vez les explota. El protagonista de la película, el novio de la actriz, vive de vender documentos a otros migrantes y de relacionarse amorosamente con españolas. Ambas actividades se ven por parte de muchas personas solidarias como ‘parasíticas’, pero en la película el cubano es amable y amado.

Los que trabajan en los proyectos a menudo saben poco de cómo viven los trabajadores cuando no están trabajando. No hacen distinciones entre los países del África subsahariana y parecen confiar bastante en los reportajes sensacionalistas que salen con frecuencia en la prensa española. El resultado es la creencia en que todas son ‘muchachas’ bajo el control total de unos ‘traficantes’ que las traen a España, las mantienen en pisos y no les permiten ninguna libertad. Otra impresión que he escuchado es que se ven muy graciosas y deben estar disfrutando mucho del cambio fascinante respecto de sus vidas en ‘África’ – como si la mayoría no viniera de grandes ciudades posmodernas en sus propios países. Existe otra mirada, sin embargo, en la que se critica a los españoles por no poder hablar ni inglés ni francés, lenguas que las personas del Oeste de África consideran adquisiciones normales e imprescindibles de los ciudadanos del mundo. Si ahora están aprendiendo español es como tercer, cuarto o quinto idioma.

Esta diferencia de percepción sobre las necesidades de los migrantes es uno de los puntos importantes que quisiera destacar. Mi propósito no es el de culpar a los europeos sino de problematizar las actuaciones alrededor del fenómeno de la prostitución migrante, que más o menos se puede describir como un deseo de ‘ayudar’, incluso de ‘salvar’ a las personas del ‘tercer mundo’ sin saber casi nada acerca de ellas. Hoy día, muchos españoles y españolas se sienten llamados a salvar a los migrantes de ciertos aspectos de sus propias culturas -por ejemplo, de sus hábitos sanitarios, de su ‘bajo nivel cultural’, de sus ‘creencias mágicas’ (Médicos del Mundo 2000)⁴- o de ser víctimas de ‘redes mafiosas’. Este impulso tiene el mismo tinte moralizador que caracterizaba los esfuerzos reformistas del siglo XIX respecto a la prostitución. Los agentes sociales proponen ‘proteger’ a estas personas, a las que tachan de ignorantes e indefensas. Los sujetos de este discurso no se ven así, pasivos y coaccionados; el impulso de los que quieren ayudar vuelve a ser controlador (Agustín 2001; Armstrong 1987; Weeks 1981; Kempadoo y Doezema 1998).

En Europa, sobre todo durante los últimos dos siglos, la prostitución ha sido construida como una transacción (sexo por dinero) que se desvía de la normalidad de la familia nuclear. Discursos médicos, sociológicos, criminológicos y psicológicos se han fijado en las prostitutas en vez de los clientes, y en las mujeres en vez de los hombres. Se han centrado en los individuos sin pensar que todos forman parte de unas familias y que desempeñan papeles comunitarios. Y han tratado a estas personas como si lo único importante de ellas fueran ciertos órganos -la vagina, el pene- en vez de sus cuerpos enteros. En España ahora se habla de la prostitución bien como ‘tráfico de mujeres’ (siendo conveniente pensar en extranjeros, criminales, negros, etc.) o bien como un problema de zonificación (acerca de si se les va a permitir seguir trabajando en ciertas zonas o no). En el primer caso los medios hablan de ‘ellas’ con pena o lujuria.⁵ En el segundo, publican siempre la misma foto de una mujer inclinándose para negociar con alguien que está en su coche. Esa foto tan repetida realmente despista la mirada respecto de lo evidente: la existencia de un amplio mercado en España que, al igual que en toda Europa, desea servicios sexuales.

Durante los últimos doscientos años en Europa, las prostitutas han sido construidas como personas que necesitan ser rescatadas. En los últimos cien años el rescate ha sido dirigido a algo que antes se llamaba ‘trata de blancas’ y ahora se denomina ‘tráfico de mujeres’.⁶ Hoy en día, incluso los que no hablan de ‘tráfico’ suelen utilizar abstracciones teóricas tales como ‘violencia de género’ o ‘explotación’, conceptos valoradores de por sí de situaciones muy complejas (Altink 1995; COIN 1992; Doezema 2000; Fundación Esperanza 1998; O’Connell Davidson 1998). Los enfoques que se dan en España son todavía de fuerte carácter moralizador. Parten de suposiciones sobre el lugar ‘correcto’ del sexo (la casa de una pareja), sobre las formas ‘buenas’ del sexo (con ‘amor’ y sin dinero) y sobre los conceptos occidentales acerca de la clase media, poco fáciles de imponer a personas de otras culturas (la identidad personal, la autoestima, la dignidad del trabajo). Estos enfoques se pueden seguir manteniendo mientras nadie preste atención a los discursos de los sujetos implicados.

Existe otro argumento para no perpetuar la construcción de la prostitución como un solo tipo de relación (hombre poderoso/mujer “desempoderada”). Law señala cómo esta representación -ciertamente importante para demostrar las desigualdades económicas, políticas y sociales de las

personas involucradas- tiene a su vez el efecto de fijar las identidades de ‘opresor’ y ‘víctima’, convirtiéndolas en un discurso hegemónico en el que los sujetos encuentran poco espacio para maniobrar (Law 1997: 107).

El mercado del sexo

Hace unos años, Médicos del Mundo de Madrid anunció algunas cifras sobre el mercado español: estimaba que 300.000 prostitutas servían a tres clientes cada día con un total de un millón de clientes al día.⁷ Esa cifra seguramente no pretendía incluir todas las formas que he mencionado como constituyentes de la industria sexual. Hay que tener en cuenta además que no serán los mismos quienes acuden a los ambientes todos los días: los habrá que van una vez a la semana mientras que otros van más o menos, con una larga suma de personas al año que busca servicios sexuales en España. Estos servicios son, además, diversos, porque la clientela se compone de personas de todo tipo, edad, nivel económico, etnia, región y gusto, que pasa igualmente por servicios de carácter homosexual, heterosexual, transexual o mixto. Los migrantes también son clientes.

Se dan entonces bastantes y variadas oportunidades para trabajar en esta industria. Para los migrantes que encuentran sus otras opciones desagradables, difíciles o mal pagadas (limpieza, servicio doméstico interno o externo, cuidado de ancianos, enfermos o niños), encontrar una situación en la industria sexual puede resultar interesante. Ya que muchas veces no tienen los papeles en regla, o que sus permisos de trabajo (como doméstica, por ejemplo) pueden estar basados en documentos falsificados, trabajar en un mundo lleno de irregularidades puede no parecerles más arriesgado. Pero ¿qué es lo que dice la sociedad receptora acerca de esta industria? (1) Que los que acuden a estos servicios son hombres perversos que no saben vivir una vida ‘normal’ de familia; (2) que son machistas que, al no aguantar la creciente libertad de las mujeres, buscan formas de dominarlas; (3) que responde al aumento del consumismo en general, ya que ahora todo se convierte en mercancía; (4) que son porquerías extranjeras, o que forman parte del proyecto ‘Europa’ o que es la ‘globalización’; (5) que es la presencia de prostitutas la que provoca el deseo, así que la culpa la tienen ‘esas mujeres viciosas’ o (6) la tienen los mafiosos ‘rusos’ que las traen (o senegaleses o checos, según el momento) o (7) la tienen las condiciones económicas injustas que fuerzan a las personas a salir de sus países para ganarse la vida. Son todas ‘explicaciones’ negativas, basadas en la suposición de que la prostitución es mala. Menos escuchadas pero más positivas son: (8) que en una democracia la gente tiene derecho a experimentar su sexualidad como sea; en suma, es libertad de expresión; (9) que si el acto sexual es ‘consensual’, no hace daño a nadie; (10) que si los trabajadores cobran bien y se ganan la vida, no hay ningún problema para nadie.

Entre estas explicaciones la única que cuesta trabajo creer es la que etiqueta a los clientes como perversos o perversos.⁸ Son tantas las personas que pagan el sexo que es imposible que se trate de casos excepcionales. Eso es exactamente lo que nos explica la presencia de tantas personas que trabajan en esta industria. Los migrantes no vendrían a trabajar si no hubiera trabajo, si no hubiera quién quisiera sus servicios. Lo mismo sucede a las personas europeas que entran en el mercado sexual (Nowak 1999).

En España lo que sale en los medios de comunicación son casos de victimización, desgracia o fracaso. A la vez ha salido repetidas veces la noticia de que después de una redada las prostitutas comentan que sólo quieren que las dejen en paz con su trabajo. Mientras tanto, el cliente y el mercado se hacen invisibles tanto en los medios como en los informes policiales. Vale examinar de qué tratan tantas oportunidades para trabajar. La sociedad española sigue, a pesar de muchas formas de ‘apertura’ y ‘modernización’ en temas sociales, con el discurso de que la normalidad es la familia nuclear o la pareja (que ahora puede ser homosexual en ciertos sitios). Sin embargo, esa familia/pareja, sobre todo de la clase media, busca hoy en día en el mercado servicios tradicionalmente hechos por sus propios miembros: los servicios domésticos, de cuidado y sexuales.

Aunque el estereotipo es el cliente masculino, la demanda de servicios sexuales no tiene lugar sólo por parte de los hombres heterosexuales, sino de los homosexuales, los bisexuales, los travestis, las

transexuales así como por parte de las mujeres heterosexuales y lésbicas. Si eso parece exagerado, conviene considerar los anuncios no sólo personales sino de sitios como New Boys Disco Top-Less Masculino (¡Dedicado a ti, mujer!) de las páginas amarillas de Madrid. ¿Que eso es sólo espectáculo? Lo mismo se dice sobre los topless para hombres. Dentro de los ambientes europeos, además, se habla del crecimiento de las mujeres clientes,⁹ pero si todavía ‘no se ve bien’ que la mujer vaya a comprar sexo en su propio país, es cada vez más convencional que lo haga en destinos turísticos como el Caribe, Indonesia o algunos lugares de las costas de África. Allí algunas mujeres europeas tienen relaciones sexuales pagadas de una forma u otra, relaciones en que puede haber o no sentimientos de cariño o amistad (O’Connell Davidson y Sánchez Taylor 1999; Simmons 1996).

Hay una conexión importante entre todas las variantes de turismo sexual y los migrantes que vienen a Europa. Bastantes investigaciones han demostrado cómo las relaciones afectivo-comerciales conducen a menudo a invitaciones a visitar, trabajar y/o quedarse en Europa (COIN 1992; Kempadoo 1999; Oppermann 1998). Allí, en esas playas de contacto entre culturas, donde los deseos europeos de divertirse encuentran una multitud de ofertas, empiezan muchos viajes. Tampoco se trata de una serie de individuos sin conexión con ningún contexto social; por eso vale pensar en todos los beneficiarios de la industria sexual: empresas aéreas, de telecomunicaciones (móviles, beepers, contestadores) y de seguridad (guardianes, sistemas de alarma), productores de bebidas y tabaco, agencias de viaje, servicios de alquiler de coches y de taxis, abogados, médicos, camareros, modistas, peluqueros, propietarios, gerentes, proxenetas y más. Todas son personas con sus familias que viven de la industria. Tanto dinero está involucrado que la Oficina Internacional del Trabajo ha recomendado su inclusión en la contabilidad oficial de gobiernos nacionales y regionales (Lim 1998). Sin embargo, en España la industria todavía no es reconocida en su diversidad e impacto financiero, y los que trabajan en ella -ahora más de la mitad son extranjeros- son tratados sólo como víctimas de varios tipos de engaño.

Las maneras clásicas de abordar el asunto de la prostitución no sirven para describir la realidad actual de la industria del sexo y sus trabajadores. Además son maneras que no incluyen los contextos sociales en los que existe la industria: familias que no conforman a la definición clásica del patriarca que trabaja mientras su mujer está en casa, y por consecuencia están dispuestas a pagar por nuevos servicios, viajes turísticos al ‘tercer mundo’ al alcance a personas cada vez menos ricas, negocios globalizados y consumismo creciente. Los marcos clásicos tampoco examinan bien la actuación del mundo de los agentes sociales (funcionarios, policías, personal médico, investigadores y empleados de ONGs), los elementos imperialistas de varios discursos feministas y el papel negativo que juega la prensa. En vez de romper el silencio, se ha escuchado a menudo en las discusiones sobre las migraciones el argumento de que hablar de la prostitución como ocupación de los migrantes les ‘estigmatiza’; en múltiples estudios de mujeres migrantes en España se ha omitido el tema. Pero esa idea proporciona la excusa para hacerlas desaparecer de los discursos donde sus experiencias deberían ser centrales; se les quita toda capacidad de acción y decisión. De este modo, se facilita la perpetuación de su ubicación en el lugar en el que han estado durante mucho tiempo: los márgenes.

Notas

1. Me refiero a la ambigüedad del mundo de la ‘prostitución’ y del ‘turismo sexual’; a quienes lo estudiamos nos parece que tales etiquetas son inútiles. Malcolm Crick ha escrito: “...algunas relaciones entre guías y turistas asumen otras características. Félix tenía una pequeña lista de direcciones de turistas con las que llevaba años de amistad. ... La mayoría de esta lista eran mujeres con las que había viajado por la isla. Al principio de tales viajes, declararía el precio de su compañía, pero si le llegaba a gustar su compañera, le diría que podría regalarle cualquier cosa que quisiera. Por supuesto, ya habría disfrutado de varios días de viaje, buena comida, buen alojamiento y probablemente sexo, pero distinguía él entre ese tipo de relaciones y un arreglo directamente comercial. Como se ha reconocido en otras culturas, tales relaciones con extranjeros pueden tener un significado psicológico muy profundo que términos como ‘buscón’ y ‘prostituto’ no describen adecuadamente” (1992, traducción mía).
2. Los paquetes pueden incluir varios de, o todos los elementos siguientes: pasaporte con la identidad verdadera del viajero o con una identidad falsa; contrato para trabajar en un negocio específico en el extranjero; permiso de trabajo en el país de destino; visado para ese país basado en los elementos anteriores; billete de avión; cantidad adecuada para enseñar a oficiales de la inmigración en el país de

entrada; ropa apropiada o consejos para vestirse correctamente; asesoramiento sobre cómo se tiene que contestar a las preguntas de los oficiales, sobre todo si se va a presentar como turista (saber, por ejemplo, cuáles son los monumentos principales, dónde está la costa o la capital, etc.).

3. De los autores más famosos que estudian las diásporas y la transnacionalidad, sólo Arjun Appadurai ha incluido trabajadores sexuales como ejemplo, sin estigmatizarles por su ocupación (1996). No salen en las obras de Homi Bhabha, Néstor García Canclini, James Clifford, Walter Mignolo, Edward Said, Avtar Brah y Fernando Coronil, por ejemplo.
4. Información muy básica sobre las otras culturas parece faltar en muchos de los proyectos. Tacharlas de ‘bajo nivel’ es seguir en la misma línea de hace 500 años cuando los conquistadores vieron por primera vez a los indígenas del Nuevo Mundo. Desaprobar costumbres sanitarias comunes y corrientes en otros países (por ejemplo la de inyectarse medicamentos en vez de tomarlos en forma de pastillas) representa un prejuicio. No conocer el carácter de las religiones no occidentales lleva al occidental a decirlas ‘magia’ o ‘superstición’, sobre todo cuando se trata de rituales ajenos a los suyos. El sacrificio de animales lo ve como ‘bárbaro’; un promesa jurada a un sacerdote o curandero la ve como cruel servidumbre (que no necesariamente difiere tanto del ritual de la confesión católica). El choque cultural entre religiones ya está bien conocido en algunos países occidentales con poblaciones importantes de migrantes musulmanes, africanos, asiáticos o latinos. El uso de la palabra ‘vudú’ por parte de algunos periodistas españoles respecto a religiones de África demuestra ignorancia: el vudú es el nombre de la religión sincretizada de Haití, que no se distingue en casi nada de la santería, nombre castellano usado en otras partes del Caribe. La sincretización viene de las culturas indígenas, africanas y occidentales que se chocaron y se mezclaron allí. Las religiones africanas actuales tienen sus propias historias y tradiciones.
5. Por ejemplo: Sordo, Julen, 1997, “Por fin vemos la luz del día: 8 ex prostitutas que han salido del infierno”, Marie-Claire [112] mayo. Pascual, Ana María, 1997, “Una colombiana que evitó la trampa de los proxenetas”, Diario 16 [Sociedad 28], 16 de agosto. Barroso, F. Javier, 1998, “Una deuda de horror”, El País [Madrid 4], 21 de agosto. Olabe, Fernando y Piqueres, Begoña, 1997, “Sólo veinte minutos por cliente: la sórdida historia de chicas vendidas ... etc.”, El Mundo, Año IX No. 101 [Crónica 12], 21 de septiembre.
6. La primera frase tiene su origen en un escándalo en el norte de Europa durante una larga migración de mujeres europeas hacia Argentina, un país receptor al que faltaban mujeres a fines del siglo XIX. Ya que no se quería creer que esas ‘blancas’ pudieran elegir trabajar como prostitutas, se creó un concepto conveniente (Doezema 2000; Guy 1992).
7. Pepa Barahona, de Médicos del Mundo, citada por Hernández Velasco, Irene. 1996. “Un millón de hombres al día va de prostitutas”, El Mundo [Sociedad 26], 27 de diciembre, y por Latorre, José María, 1997, “Cómo operan las mafias de la prostitución africana en España”, Tribuna, 29 de julio de 1997.
8. Sin embargo, cuando se aborda el tema usualmente se hace como ‘problema de hombres’ y de casos individuales. Por ejemplo, Casanova, Pilar, 1997, “¿Por qué se van a las prostitutas?” Dunia [448], 1 de junio de 1997, 38-41.
9. Comunicaciones personales durante investigaciones en Amsterdam, Utrecht, Madrid, Pamplona, Londres, París y Roma.

Bibliografía citada

Agustín, Laura (2001): “Leaving Home for Sex”, en E. Bernstein y L. Shaffer (eds.), *Sexuality and the State*, en prensa.

--- (2000): “Trabajar en la industria del sexo”, OFRIM Suplementos, 6: 155-172.

Altink, Sietske (1995): *Stolen Lives: Trading Women into Sex and Slavery*, Londres: Scarlet Press.

Appadurai, Arjun (1996): *Modernity at Large*. Londres: Public Worlds.

Armstrong, Nancy (1987): “The rise of the domestic woman”, en N. Armstrong y L. Tennenhouse (eds.), *The Ideology of Conduct*, Nueva York: Methuen.

COIN (1992): *Viajes al Exterior: Ilusiones y Mentiras (Exportación de sexo organizado)*, Santo Domingo RD: Centro de Orientación e Investigación Integral.

Crick, Malcolm (1992): “Life in the informal sector: Street guides in Kandy, Sri Lanka”, en D. Harrison (ed.), *Tourism and the Less Developed Countries*, Londres: Bellhaven Press.

Doezema, Jo (2001): “Loose Women or Lost Women: The Re-emergence of the Myth of White Slavery in Contemporary Discourses of Trafficking in Women”, *Gender Studies*, 18: 1.

Fundación Esperanza (1998): No pensé que eso me fuera a pasar: Prostitución y tráfico de mujeres latinoamericanas en Holanda, Amsterdam: Fundación Esperanza.

Guy, Donna (1992): “‘White Slavery’, Citizenship and Nationality in Argentina”, en A. Parker et al. (eds.), *Nationalisms and Sexualities*, Londres: Routledge.

Kempadoo, Kamala (1999): *Sun, Sex and Gold*, Lanham MD: Rowman & Littlefield.

--- y Doezema, Jo (eds.) (1998): *Global Sex Workers: Rights, Resistance, and Redefinition*, Londres: Routledge.

Kulick, Don (1998): *Travesti: Sex, Gender and Culture among Brazilian Transgendered Prostitutes*, Chicago: University of Chicago Press.

Law, Lisa (1997): “Dancing on the Bar: Sex, money and the uneasy politics of third space.” En S. Pile y M. Keith (eds.), *Geographies of Resistance*, Londres: Routledge.

Lim, Lean Lin (ed.) (1998): *The Sex Sector: The economic and social bases of prostitution in Southeast Asia*, Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.

Médicos del Mundo (2000): “CASSIM.” *Ofrim Boletín*, 31:12-13.

Nowak, Anna (1999): “Political transformation in Poland: the rise of sex work.” *Research for Sex Work*, 2:9-11.

O’Connell Davidson, Julia (1998): *Prostitution, Power and Freedom*, Cambridge: Polity Press.

--- y Sánchez Taylor, Jacqueline (1999): “Fantasy Islands: Exploring the Demand for Sex Tourism.” En K. Kempadoo (ed.), *Sun, Sex and Gold*, Lanham MD: Rowman & Littlefield.

ONU (2000). Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños, que complementa la convención de las Naciones Unidas contra la delincuencia organizada transnacional. Viena: Comisión de la NU para la Prevención del Delito y Justicia Penal.

Oppermann, Martin (ed.) (1998): *Sex Tourism and Prostitution: Aspects of Leisure, Recreation, and Work*, Cammeray AU: Cognizant Communication.

Pettman, Jan Jindy (2000): “Writing the Body: Transnational Sex.” En G. Youngs (ed.), *Political Economy, Power and the Body*, Londres: Macmillan.

Sassen, Saskia (1996): *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*, Nueva York: Columbia University Press.

Seabrook, Jeremy (1996): *Travels in the Skin Trade*, Londres: Pluto Press.

Simmons, Melanie J. (1996): “Hookers, Hustlers and Round-Trip Vacationers: The Gender Dynamics of Sex and Romance Tourism”, *Society for the Study of Social Problems: Papers*.

Skrobanek, Siriporn (2000): “Sexual Exploitation in the Prostitution Context”. Ponencia presentada en el Foro Mundial de las Mujeres: Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia, Valencia, España, 24 noviembre.

Walker, Dave y Ehrlich, Richard (1992): “Hello My Big Big Honey: Letters to Bangkok Bar Girls and Their Revealing Interviews”, Bangkok: Dragon Dance.

Weeks, Jeffrey (1981): *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, Londres: Longman.

Laura M^a Agustín. Estudiante e Investigadora: Centro de Estudios Culturales, Open University, RU. Miembro del Colectivo IOE, Madrid, para la investigación “Mujer Migrante y Trabajo” (para IMSERSO), encargada de “Ocupación en la Industria del Sexo”. Ponente en *The Globalisation of Sexual Exploitation*, Institute of Commonwealth Studies, Londres, julio 2000. Ponente en *Sexuality and the State*, Instituto Oñati, País Vasco, junio 2000. Ponente en Beijing+5, Naciones Unidas, Nueva York, junio 2000. www.lauraagustin.com